

**Ali Smith**

**VERANO**

CUARTETO ESTACIONAL IV

Traducción de Magdalena Palmer

Nørdicalibros

Ali Smith

**VERANO**  
**CUARTETO ESTACIONAL IV**

Traducción de  
Magdalena Palmer



*para mis hermanas*

*Maree Morrison*

*Anne MacLeod*

*mis amigos*

*Paul Bailey*

*Bridget Hannigan*

*para recordar*

*a mi amiga*

*Sarah Daniel*

*y para*

*mi amiga del alma*

*Sarah Wood*

*Era una noche de verano y en la  
amplia estancia con ventanas que daban  
al jardín hablaban del pozo negro.*

Virginia Woolf

*¡Que Dios reverdezca mi memoria!*

Charles Dickens

*Por muy vasta que sea la oscuridad  
debemos aportar nuestra propia luz.*

Stanley Kubrick

*Pensé en esa persona,  
él o ella, como llevándome a un país  
lejano elevado soleado donde supe que ser feliz  
solo era un momento, una frágil llama en la hoguera  
que no obstante reducía a cenizas toda la tristeza  
si pudiera, un tamiz de escoria como aquella por la que  
lloramos  
mientras los féretros se hunden con espantosa  
indiferencia  
en el fragor, en el humo, en la luz, en casi nada.  
Esa casi nada que celebro y escribo.*

Edwin Morgan

*¡Oh, siento su calor!*

William Shakespeare

1

Todo el mundo dijo: ¿y?

Como en *¿y qué?* Como en *encogerse de hombros*, o *¿y qué esperas que haga al respecto?*, o *me importa una mierda*, o *lo apruebo, me parece bien*.

Vale, no lo dijo todo el mundo. Hablo coloquialmente, en plan frase hecha, como en *todo el mundo hace esto o aquello*. Lo que quiero decir es que entonces, en aquella época en concreto, ese tono despectivo fue un claro indicador, una especie de tintura de tornasol. En aquel entonces se puso de moda actuar como si nada importara. También se puso de moda insistir en que aquellos a quienes les importaba, o que decían que les importaba, eran unos pringados, o que solo pretendían quedar bien.

Es como si hubiese pasado hace una eternidad.

Pero no; solo hace unos meses que empezaron a arrestar o a amenazar con la deportación a personas que habían vivido toda su vida o gran parte de su vida en este país: ¿y?

Que un Gobierno cerró su propio Parlamento porque no podía conseguir el resultado que quería: ¿y?

Que muchas personas votaron a políticos que les mentían descaradamente: ¿y?

Que un continente ardía y otro se derretía: ¿y?

Que los poderosos de todo el mundo empezaron a excluir a personas por su religión, su etnia, su sexualidad o su oposición intelectual o política: ¿y?

Pero no. Es verdad. No todo el mundo lo dijo.

Ni por asomo.

Millones de personas no lo dijeron.

Millones y millones, en todo el país y en todo el mundo, vieron las mentiras, vieron cómo se maltrataba a las personas y al planeta, y lo expresaron en manifestaciones, en protestas, escribiendo, votando, hablando, mediante el activismo, en la radio, en la televisión, en las redes sociales, tuit tras tuit, página tras página.

Y las personas que conocían el poder de ese ¿y? respondieron en la radio, en la televisión, en las redes sociales, tuit tras tuit, página tras página: ¿y?

A lo que voy es que podría pasarme la vida entera enumerando, y hablando, y demostrando con citas y gráficos y ejemplos y estadísticas lo que la historia prueba claramente que ocurre si nos mostramos indiferentes y cuáles son las consecuencias del fomento político de la indiferencia, algo que quienquiera que desee refutarlo rechazará al momento con un contundente e incisivo

¿y?

Y.

En cambio he aquí algo que vi una vez.

Es una imagen de una película filmada en el Reino Unido hará unos setenta años, poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

La rodó en Londres una joven artista que había llegado a la ciudad desde Italia cuando Londres era uno de tantos sitios que en aquella época, hace una eternidad, estaban en proceso de reconstrucción, después de que decenas de millones de personas de todas las edades de todo el mundo hubiesen muerto antes de lo debido.

Es la imagen de un hombre que lleva dos maletas.

Es un hombre delgado, joven, uno de esos hombres distraídos e inseguros, elegante con su sombrero y su americana, de pies ligeros pero también abrumado; es evidente que algo le pesaría aunque no llevase dos maletas. Serio, flaco, ensimismado, concentrado, aparece recortado en el cielo porque hace equilibrios en una estrecha cornisa de ladrillo en lo alto de un edificio, avanza bailando una danza alegre y frenética con los destrozados edificios londinenses al fondo; no: en realidad esos tejados están debajo de él.

¿Cómo puede ir tan rápido sin caerse por el borde del edificio?

¿Cómo puede bailar de una forma tan desenfrenada y también grácil, tan apremiante y despreocupada a un tiempo?

¿Cómo puede columpiar esas maletas en el aire y seguir manteniendo el equilibrio? ¿Cómo puede moverse tan deprisa al borde del vacío?

¿Por qué lo arriesga todo?

No tendría sentido mostraros un fotograma o una fotografía. Se trata de una imagen en movimiento.

Durante varios segundos interpreta una danza alocada y alegre en la cuerda floja, en lo alto de la ciudad, avanzando apresuradamente por la sinuosa senda de una cornisa que tiene la anchura de un único ladrillo.

Y:

**S**i he de ser yo la heroína de mi propia vida, dice la madre de Sacha.

Y luego dice: Sacha, ¿de dónde es esta frase? ¿De qué libro?

Sacha desayuna en la sala mientras lee en su móvil. El televisor está encendido a un volumen mucho más alto del debido y su madre grita para hacerse oír.

No lo sé, dice Sacha.

Lo dice con un tono de voz normal, por lo que es muy probable que su madre no la haya oído. Tampoco es que eso cambie nada.

Heroína de mi propia vida, su madre recorre la sala de punta a punta, repitiéndolo una y otra vez. Heroína de mi propia vida y luego algo sobre un reemplazo. ¿De dónde es?

Como si importara.

Sacha niega con la cabeza sin negar lo suficiente para que se note.

Su madre no tiene ni idea.

Y un buen ejemplo es lo que ocurrió anoche con la cita que Sacha encontró en Internet para el trabajo sobre el perdón que Merchiston les había puesto para la clase de hoy. Para señalar que había pasado una semana desde el Brexit, les dijo que escribieran una redacción sobre el tema del «Perdón». Sacha desconfía profundamente del perdón. El acto de decir *te perdono* es como decir *eres menos que yo y te gano en superioridad moral*.

Pero es el tipo de sinceridad que hace que Merchiston, a quien toda la clase sabe exactamente cómo responder para conseguir la nota deseada, te ponga un notable en lugar de un sobresaliente.

Por lo que anoche, porque tenía que entregar el trabajo hoy, Sacha consultó algunas citas en Internet.

*Como dijo devotamente una escritora del siglo pasado, el perdón es la única forma de revertir el irreversible flujo de la historia.*

Su madre había entrado en su cuarto sin llamar y leyó la pantalla por encima del hombro de Sacha.

Es buena esa cita, me gusta, dijo su madre.

A mí también, dijo Sacha.

¿Es devotamente la palabra correcta?, dijo su madre. Suena más filosófico que devoto. ¿Es un autor devoto? ¿Quién lo escribió?

Sí, es un escritor devoto, dijo Sacha aunque no tenía ni idea, no sabía de quién era la frase y había escrito la palabra devotamente porque le gustaba cómo sonaba. Pero ahora, con su madre ahí pegada agobiándola a preguntas, entró en Startpage y escribió las palabras irreversible, flujo, historia. Apareció la cita.

Suena a nombre europeo, dijo Sacha.

Ah. Es Arendt, Hannah Arendt, dijo su madre. Me gustaría leer lo que Arendt dice sobre el perdón, me gustaría muchísimo.

Irónico, pensó Sacha, dado que no parecía que su padre y su madre fuesen a perdonarse en un futuro cercano.

Aunque no sé si la definiría como devota, dijo su madre. ¿No da la fuente original? Mira. Pues no. Es terrible.

La fuente es Brainyquote, dijo Sacha. Es donde he encontrado la cita.

No puedes poner Brainyquote como fuente bibliográfica, dijo su madre.

Sí que puedo, dijo Sacha.

Necesitas buscar una referencia, dijo su madre. Si no, no sabrás de dónde viene lo que dijo Hannah Arendt.

Sacha volvió la pantalla hacia su madre.

Brainyquote. Quotepark. Quotehd. Azquotes. Facebook. Goodreads. Picturequotes. Quotefancy. Askideas. Birthdaywishes.expert, dijo. Estos son todos los sitios que salen cuando escribes partes de la cita. Son las fuentes principales. Hay montones de páginas web que citan lo que dijo Arendt.

No, esas páginas web solo *dicen* que la están citando, eso no basta, dijo su madre. El contexto. Importa.

Ya, pero a mí no me hace falta.

Pues sí que te hace falta, dijo su madre. Comprueba si alguno de esos sitios menciona la fuente primaria de la frase.

Internet es una fuente primaria, dijo Sacha.

Su madre se fue.

Todo se mantuvo en silencio durante diez minutos.

Sacha volvió a respirar con normalidad.

Entonces su madre, que claramente había estado consultando Brainyquote Quotepark y demás en el portátil de la cocina, gritó escalera arriba, como si Brainyquote Quotepark y demás le hubieran estado insultando personalmente:

*Ninguno* de esos sitios web, ni uno solo, menciona la

fuente primaria, Sach. No puedo encontrar en qué libro escribió Arendt esa frase. No deberías usar la cita. No puedes.

Bien, gracias, gritó a su vez Sacha desde el dormitorio.

Luego siguió con lo que estaba haciendo, como si su madre no hubiese dicho nada.

Puede que ni siquiera lo dijese Arendt, gritó su madre, que ahora había subido hasta la mitad de la escalera.

Gritaba como si nadie pudiese oírla.

No es fidedigno, gritó su madre.

¿Y quién necesita que los deberes escolares sean fidedignos?, dijo Sacha.

Yo, dijo su madre. Y tú. Y todos los seres humanos que usan referencias.

Preocuparse por cosas así es lo que hacía la generación de su madre para no tener que preocuparse por los hechos reales que pasaban en el mundo. Sin embargo, por si su madre tenía algo de razón...

¿Y si escribo al final del trabajo que Internet dice que la cita es de Hannah... hum?, dijo Sacha.

Volvió a consultar en Internet el apellido de la autora.

Eso no basta, gritó su madre, que volvió a entrar en la habitación sin que nadie se lo hubiese pedido. Porque no hay ninguna prueba de que Hannah Arendt la escribiese. ¿Y si fue otra persona, alguien que no se lleva el reconocimiento? O. ¿Y si *nadie* lo dijo de *ninguna* fuente original y alguien, a saber dónde, se *inventó* que Hannah Arendt lo había dicho, lo escribió en Internet y su invención se extendió luego por todos esos sitios web?

Entonces Hannah Arendt, quienquiera que sea, estaría

encantada, dijo Sacha (a un volumen normal para que su madre reparase en lo mucho que gritaba). Es una frase muy buena.

No puedes hablar por Hannah Arendt, dijo su madre (sí, no tan alto, bien). ¿Acaso te gustaría que Internet citase algo diciendo que eran palabras de Sacha Greenlaw?

No me importaría. Me gustaría que alguien pensara que he dicho algo que está bien, dijo Sacha.

Ah, comprendo. Aprobación, esa es la cuestión. Actúas como si tuvieras la edad de Robert, dijo su madre.

No es verdad. Si yo solo tuviera trece años o fuese Robert, Dios no lo quiera, habría dicho: vuélvete enseguida a la edad de la inútil pedantería educativa.

Vamos, Sach, dijo su madre. La fuente. Importa. Piensa por qué.

Lo que pienso, dijo Sacha, volviéndose para mirar a su madre. Es que estoy trabajando a un nivel de corrección aceptable.

El nivel de atención del que hablo es necesario para todo, dijo su madre, volviendo a alzar la voz (como si el hecho de alzar la voz le diese la razón). Y lo que llamas un nivel de corrección aceptable no es más que una argucia social.

Ahora su madre movía tanto los brazos en la habitación de Sacha que incluso golpeó la tulipa de la lámpara, que empezó a balancearse.

¿Y si un día te despiertas y descubres que todo Internet dice que *tú* has dicho algo que no dirías por nada del mundo?, dijo su madre.

Pues sencillamente diría que nunca lo he dicho, dijo Sacha.

Pero ¿y si entraras en Internet y encontraras que sigue habiendo miles de personas enfadadas contigo?, dijo su madre. ¿Y si te pasara algo parecido a lo que le ha ocurrido a tu hermano?

No se puede hacer nada con esa clase de reacción en cadena, dijo Sacha. Por lo que no me importaría lo que pensarán los demás. Yo sabría que yo decía la verdad. Soy mi propia fuente. Ve a molestarlo a él. Yo no tengo tiempo para esto.

Eso haría, pero ha salido, dijo su madre.

Son las diez de la noche, dijo Sacha. Robert tiene trece años. ¿Qué clase de madre eres?

Una que hace lo que puede por sus dos hijos contra viento y marea, dijo su madre.

Esto es una prioridad, dijo Sacha.

¿Y si arruinasen tu reputación y no pudieses ir a ningún lado porque todo el mundo te insultaba y te llamaba mentirosa?

Los perdonaría, dijo Sacha.

¿Qué?, dijo su madre.

El perdón, dijo Sacha, es la única forma de revertir el irreversible flujo de la historia.

Siguió una breve pausa, casi como cuando la gente guarda silencio en una obra de teatro. Y luego su madre soltó una carcajada.

Sacha también se echó a reír.

Su madre se acercó al escritorio y la abrazó.

Mi niña inteligente, dijo.

El pecho de Sacha se llenó de esa calidez sobre la que una vez, cuando era muy pequeña, había preguntado a su

madre porque era de lo más agradable, y su madre le había dicho *es tu verano interior*.

Pero tienes que ser más inteligente aún, dijo su madre, todavía estrechándola en sus brazos. Las chicas inteligentes tienen que ser más inteligentes que el, el.

El nivel de inteligencia aceptable, dijo Sacha entre los brazos de su madre.

Eso fue anoche. Esto es la mañana siguiente. Sacha intenta desayunar en paz mientras echa un vistazo a las noticias y a las entradas de Facebook en su móvil. Pero no hay paz. Su madre recorre la sala divagando, gritando palabras y agitando una taza de café cuyo contenido se derrama ocasionalmente y mancha el parquet; Sacha tiene que apartar su bolsa un par de veces.

El volumen del televisor está demasiado alto y los presentadores de las noticias también divagan en el estudio y fuera, en el mundo, con su surrealismo habitual. Desde que Sacha vio ese programa de la tele donde unos famosos se disfrazan, se enmascaran con cabezas gigantes, cantan una canción y un jurado y el público tienen que adivinar quién se oculta detrás de la máscara, piensa que en realidad es como si todo y todos en la tele llevaran una. Una vez lo has visto, ya no puedes no verlo.

¡Quítatela! ¡Quítatela!, gritan el jurado y el público al famoso que pierde y tiene que quitarse la máscara para que la gente vea quién estaba ahí dentro todo el tiempo.

¡Quítatela!, Sacha vio que unos hombres le gritaban a una chica cerca del puerto.

Si he de ser yo, dice su madre. Heroína de mi propia vida.

O si otra cualquiera, otro cualquiera deberá reemplazarme. Ha de reemplazarme.

Compruébalo, dice Sacha.

No, dice su madre.

Lo comprobaré por ti, dice Sacha.

No. No lo hagas, dice su madre.

Ese *no* tiene toda la ferocidad de su madre, que de un tiempo a esta parte olvida cosas continuamente y nunca quiere consultar en Internet lo que ha olvidado. *Estoy tan menopáusica. Es la menopausia.* Como si se pudiera desafiar lo inevitable gritando su nombre. Su madre se obliga a recordar las cosas en lugar de comprobarlas. En términos reales, eso significa que su madre molesta a todos durante media hora y *luego* consulta en línea aquello que no recuerda.

Si ha de reemplazarme, o si otro cualquiera ha de reemplazarme, dice. Por Dios, Sach. Baja eso para que pueda oírme pensar. Para que pueda oírme *no* pensar.

No puedo. No sé dónde ha puesto Robert el mando, dice Sacha.

Robert ya se ha ido al colegio. Una de sus bromas más recientes es subir el volumen del televisor varios puntos más de lo deseable y luego esconder el mando a distancia, porque el mando es la única forma posible de controlar el televisor. El botón de encendido/apagado ya no funciona (es un aparato muy antiguo; su padre se llevó el nuevo a la puerta contigua cuando se marchó). Si lo desenchufan, corren el riesgo de que no vuelva a funcionar más. Así que nunca lo desenchufan.

Lo que ahora oyen a un volumen excesivo en la tele es un

reportaje sobre un encuentro evangélico que guarda relación con el presidente de Estados Unidos.

Llámallo, dice su madre. Para ver si está con su padre.

*El papá de al lado.* Como una comedia televisiva de la generación de su madre.

No estará, dice Sacha.

Por si acaso, dice su madre.

Sacha llama al móvil de Robert. Salta directamente el contestador.

Apagado, dice Sacha.

Claro, dice su madre. Llamaré a la pared.

No estará, dice Sacha.

Ashley no deja entrar a Robert en su casa desde que 1. le robó esa miniarpa con la que Ashley toca melodías galesas, 2. la vendió en un Cash Converters y luego le dio el dinero en un sobre como si le hiciera un favor, 3. le dijo (aunque Ashley es galesa, por lo que también es británica) que solo era bienvenida a este país en la condición de turista.

Y Mercy se ha metido en el bolsillo a toda la región evangélica de Estados Unidos, dice el reportero de la tele. La llaman la gran esperanza blanca.

Es cierto, Sacha no ve a una sola persona que no sea blanca en las imágenes de la Iglesia del Espíritu de Mercy Bucks.

Me dijo que os lo dijera. Me habla directamente. Me está hablando ahora mismo. Puedo oír su voz sagrada, la voz sagrada del gran Dios todopoderoso que me habla desde su boca sagrada, está aquí, lo dice ahora mismo, Mercy, Mercy (*¡mercy, mercy!*, dice la gente de la iglesia, quizá la llamen a ella, quizá estén diciendo misericordia en inglés).

¿Quién es *esa*?, dice su madre, deteniéndose delante del televisor.

Es una gran esperanza blanca, dice Sacha. Dios le habla directamente con su voz sagrada desde su boca sagrada.

Mercy Bucks, dice su madre. Es un nombre inventado. Y ese acento es espantoso. Se parece mucho, muchísimo, a Claire Dunn. Si Claire Dunn tuviese treinta años más. Que, ahora que lo pienso, es la edad que tendrá ahora.

Siempre crees que la gente que sale en la tele es alguien que conoces, dice Sacha.

No, la he reconocido. Trabajé con ella. Si es Claire se ha operado la nariz, dice su madre. La nariz es diferente.

La nariz es diferente porque no es nadie que conozcas, dice Sacha.

Mira a su madre de soslayo. Que su madre saque el tema de su pasado como actriz indica que se siente frágil. La madre de Sacha se dedicó a la actuación en el pasado, antes de conocer a su padre y antes de trabajar en algo de publicidad que dejó cuando tuvo a Sacha y a su hermano. Todo eso también está relacionado con las cosas que nadie de la familia dice en voz alta sobre la madre de su madre, que murió por tomar demasiadas pastillas cuando Grace, la madre de Sacha, tenía la edad de Robert, aunque Grace dice que fue por error y aunque todos, probablemente Grace incluida, saben que en realidad no fue un error, pero nunca lo dicen. (Ni siquiera Robert).

Pero su madre no parece frágil. Solo un poco cansada.

El reportaje concluye con un plano de la proyección que, detrás de Mercy Bucks, muestra la cifra de donaciones subiendo cientos de dólares por segundo.

La siguiente noticia habla de los incendios en Australia.  
Han tenido un enero caluroso, dice su madre.

El más caluroso del que se tienen datos, dice Sacha. Y ahora es febrero y los incendios continúan.

Rebobina las noticias, dice su madre. Quiero echarle otro vistazo a Claire.

Sacha levanta las manos vacías.

No puedo, dice.

Su madre palpa los costados del sofá en busca del mando a distancia. Busca detrás de los objetos de las estanterías. Se detiene en el centro de la sala, sin saber qué hacer, como si estuviera perdida.

Sacha odia que su madre parezca perdida.

Seguramente estará en la habitación de Robert, dice.

O se lo habrá llevado al colegio, dice su madre.

Sacha va al recibidor y se pone el abrigo. Se mira en el espejo.

No puedo ver la repetición de las noticias, grita su madre desde la cocina.

Tengo que irme, grita Sacha a su vez.

Pero pasa por la cocina al oír el tono de pánico de su madre.

Es cierto; BBC iPlayer no funciona, no es solo que su madre sea una inútil. Pero Sacha puede salvarle el día y luego ir a clase, porque la reverenda Mercy Bucks tiene su propio canal de YouTube.

MERCY BUCKS SALVA

Todos los títulos de los vídeos de Mercy Bucks contienen la palabra blanco o blanca.

*Blanco en la piel de su cuerpo.*

*Contemplad una nube blanca.*

*Las ramas se han vuelto blancas.*

Sacha selecciona el vídeo más reciente, que subieron ayer. *Un gran trono blanco*. Cuarenta y cuatro mil cuatrocientas visitas.

En una iglesia moderna de techos altos, las palabras Gana con los Evangelios aparecen en un halo de luz fluorescente detrás de la figura de Mercy Bucks.

Sumad Reyes 21,2 y Mateo 6,33, dice Mercy. *Y yo te pagaré su valor en dinero más Pero buscad primero su Reino*. Es la única forma de que algo verdaderamente sume en la vida porque Dios es el jefe de nuestra empresa. Dios es el contable definitivo. Y Dios lo sabe todo. Dios os conoce. Dios sabe lo que tenéis y lo que no tenéis. No creáis que Dios padre no puede ver hasta la cuenta bancaria más encriptada. Dios puede calcular hasta el último centavo. Sabe exactamente cuánto le queréis sisar. Exactamente cuánto estáis dispuestos a sacrificar en nombre de Dios para convertirnos en una persona de propiedad espiritual. Porque Dios sonrío a quienes sacrifican sus ahorros. Dios recompensa a los que dan a Dios lo que le pertenece a Dios. Dios hace que llueva dinero del cielo sobre quienes demuestran merecerlo. Dios baña en dádivas a los benefactores de la buena iglesia de Dios.

Mercy Bucks lo pronuncia con su voz cantarina y la congregación se mece y se mueve bajo los focos como si estuvieran en un concierto de *rock*, golpeando el aire con sus móviles, rompiendo a cantar Mercy Mercy Aleluya con la música de la antigua *Glory Glory*.

Mercy levanta la mano para acallarlos:

Y Dios dice que nadie, nadie que sea un verdadero creyente, puede decir nada malo, denigrante o nocivo de nuestro presidente.

Sacha se echa a reír.

Dios dice que quienquiera que critique al presidente es malvado cual diablo encarnado, dice Mercy. Dios sabe que el proceso de destitución del presidente fue un acto malvado. ¡Dios limpia el nombre de nuestro presidente con cada aliento de nuestro presidente! Conozco a Dios. Dios me conoce. Creedme. Creedme. Soy una mujer que tiene línea directa con Dios, Dios me ha llamado y me ha dicho que os diga que apoyéis a nuestro gran gran presidente que está aquí en la Tierra para hacer una gran gran obra, la gran gran obra que Dios padre y Jesús el Salvador le han encomendado personalmente...

Sacha ríe con tantas ganas que casi se cae de la silla. Su madre meneaba la cabeza.

Supongo que el hecho de que últimamente estemos mucho más habituadas al descarado significa que el descarado se ha vuelto más descarado, dice.

Sí. Pero vaya farsante, dice Sacha.

Así ha sido siempre, desde que el verano mostró su verdor, dice su madre.

Ahora su madre recita frases de su época de actriz. Pero, al parecer, lo único que hizo fue un anuncio de detergente para la tele. A Sacha le enseñaron el anuncio cuando era pequeña, en algún armario hay un vídeo que ahora no pueden ver porque ya no quedan reproductores de vídeo. En él, una joven delgada y repeinada, una desconocida que sorprendentemente es su madre muchos años antes, se

inclina en una cocina para coger un plato de manos de un niño tocado con una gorra de policía que le explica a esa mujer, supuestamente su madre, que es un crimen no dejar esos platos limpiísimos.

... así que donad, donad, donad y haced el bien para ayudarme a preparar el camino del Señor, porque oh amado Señor día a día tres rezos tengo, miradme con claridad, queredme más, seguidme en las redes sociales y donad día a día a día a día...

Ahora solo está citando partes de *Godspell*, dice su madre.

¿Y qué es *Godspell*?, dice Sacha.

Un viejo musical, dice su madre. Trabajamos en *Godspell* juntas, Claire y yo. Y también en *Mucho ruido y pocas nueces*. Luego hicimos la gira estival Shakespeare-Dickens por los condados del este.

Entretanto la cámara enfoca primeros planos del público de Mercy. Algunas personas parecen orgullosas. Otras parecen destrozadas. Otras, desesperadas. Algunas parecen iluminadas por la esperanza. Todas parecen pobres. La mayoría mueven los móviles en alto. Otras usan los móviles para hacer una donación. Sigue un enfoque progresivo que acaba en un primer plano de la cara de Mercy.

Sí, es ella, dice su madre. Seguro.

¿Lo paro o quieres seguir viéndolo?, dice Sacha.

... ¿estás triste?, te comprendo, ¿estás solo?, te comprendo, ¿estás ansioso?, ¿nervioso?, ¿atrapado en el pecado?, te comprendo, ¿agotado?, ¿en el paro?, ¿te ha convertido la vida en una sombra de ti mismo?, ¿estás más

muerto que vivo?, ¿eres un fantasma, un espectro de lo que eras? Es necesario, es necesario...

Sacha mueve la flecha para pasar a la siguiente página.

Es necesario que despierte tu fe, dice su madre.

... que despierte tu fe, dice Mercy Bucks una décima de segundo después, una décima de segundo antes de que Mercy Bucks desaparezca de la pantalla.

Su madre asiente.

*Cuento de invierno*, verano del 89. Yo era Hermione. Ella era la suplente. Sacha, llegarás tarde. ¿Quieres que te lleve? Ay, no, seré tonta. La Señorita Embargo de Coche 2020. Lo olvidé.

No lo habías olvidado, dice Sacha. Es que no puedes consentir los actos de heroísmo ajenos.

No sé si llamaría acto de heroísmo a la negativa de viajar en ningún vehículo que funcione con gasolina, dice su madre. Quizá lo llamaría principios. Pero ¿heroísmo?

¿Qué es cuento de invierno verano del 89?, dice Sacha.

*El cuento de invierno* es una obra de Shakespeare, dice su madre.

Eso ya lo sé, dice Sacha (aunque en realidad no lo sabía o no estaba del todo segura).

Y el verano del 89 pasó hace mucho tiempo. Ahora es antediluviano, dice su madre.

¿Anti qué?, dice Sacha.

Ante. Antes. Diluviano. Del diluvio, dice su madre. Son y veinte. Mejor que corras.

Sacha coge su abrigo del suelo, se lo pone sobre los hombros y besa a su madre en la mejilla.

Dios te bendiga, dice su madre.

¿Acaba de decirte Dios que me digas eso, hablándote directamente al oído con su voz sagrada?

Pues sí, si me das cinco libras, dice su madre.

*Embargo de Coche 2020.* Como en broma, como si fuese una moda pasajera.

Anti diluviano.

A Sacha le gustan las palabras. Pero en casa no lo demuestra, porque se supone que es a Robert a quien le gustan las palabras.

De camino al instituto busca anti diluviano en su móvil.

Si se escribe de forma un poco distinta significa antes del Diluvio con D mayúscula.

Ya. Como si el Diluvio con D mayúscula fuese cosa del pasado. Todos somos antediluvianos *ahora mismo*.

Ni siquiera lo admiten después de ver las imágenes de Australia en llamas. Ni siquiera cuando quinientos millones de animales muertos —lo que significa 500000000 de seres individuales muertos— es solo el total de muertes en una única zona. Ni siquiera cuando ven la fotografía de los australianos sin luz diurna en verano, respirando polvo rojo en una playa bajo un cielo rojo como si fueran títeres colgantes cuyas cuerdas no funcionan, y un caballo alazán allí plantado entre ellos, perplejo, grave, la encarnación de la inocencia, mientras la bola de fuego se extiende en el horizonte a su espalda como un sol de mantequilla fundida.

5 0 0 0 0 0 0 0. Sacha intenta imaginarse y respetar individualmente a cada uno de los animales muertos. En una llanura carbonizada, coloca a los animales muertos de dos en dos en dos en dos en dos millones hasta que se

pierden de vista, canguro calcinado con canguro calcinado, ceniza de ualabí con ceniza de ualabí, koala carbonizado con koala carbonizado.

Su imaginación no es tan grande.

Ya sabe que *nunca* tendrá hijos. ¿Por qué traer un niño a una catástrofe? Sería como dar a luz en la celda de una prisión. Y eso que Brighton es un buen sitio, uno de los mejores del país en cuanto a ecología se refiere, el único sitio de todo el Reino Unido con un diputado verde, pero aun así también en Brighton la gente dice en la prensa local *el calentamiento global es un engaño, dejad ya de asustarme, dejad de asustar a mis hijos con patrañas que les quitan el sueño, todo está bien, en realidad me gusta que haga un poco más de calor, sería estupendo si siempre fuese verano todo el año en todo el mundo*. Su propia madre es una de esos chalados. Es como si a su madre le asustara más la menopausia que los acontecimientos reales que ocurren en el mundo.

La menopausia también es real, dice su madre en la cabeza de Sacha.

Uf.

Pero. Un momento.

¿Es eso —lo que le acaba de pasar mentalmente— lo mismo que cuando Dios le habla al oído a Mercy Bucks?

Sí, pero la madre de Sacha *no* le ha dicho nada al oído ni ha hablado dentro de su cabeza. Es solo que Sacha sabe lo que su madre habría dicho si estuviera *aquí*. Porque conoce *muy bien* a su madre.

Pero Dios no es real. De eso Sacha está bastante segura.

Dios es un producto de la necesidad y de la imaginación

humanas.

Su madre, sin embargo.

Es indudablemente real.

Pero. Un momento.

Porque: Dios es real de diferentes formas: 1. es «real» para la gente que cree en Dios en esos espectáculos religiosos, 2. se hace «real» para ellos al hablar físicamente «al oído de alguien», y 3. es un producto «real» de la imaginación de Mercy Bucks, con consecuencias muy lucrativas para Mercy Bucks.

Por tanto. ¿En qué convierte eso a la madre de Sacha?

O, con más precisión, ¿en qué convierte eso a la madre imaginada por Sacha?

*Imagina que eres una flor en agua pero que el tiempo de absorber agua como planta se ha terminado porque empiezas a secarte de forma natural, y —aunque no puedes entenderlo porque eres una flor y demás— el agua ya no asciende por tu tallo como hacía antes.*

Esa es la clase de cosas que a su madre le ha dado por decir. Es envidia freudiana hacia las jóvenes, sobre todo hacia su hija.

*Me pregunto si las flores se sienten así, como me siento yo, cuando les pasa eso. ¿Sienten las flores que pierden sus habilidades?, ¿chocan continuamente con las cosas?, ¿tienen olvidos constantes?, ¿creen que Simon Cowell se llama en realidad Simon Callow aunque saben muy bien que es Cowell, pero ya no consiguen, a saber por qué, que el apellido salga de sus rutas neuronales?*

Sacha suelta un bufido de desdén.

Envejecer es patético si lo usas como excusa para volverte

irresponsable.

Su madre podría esforzarse más.

Sacha nunca será así.

Dado lo que ocurre a nivel planetario, es muy improbable que Sacha llegue a cierta edad.

Su madre ha tenido suerte de vivir tantos años.

Tú eres la que dice chorradas mentalmente, dice su madre mentalmente. Todo irá bien.

Su madre, real o «real». Las dos se engañan.

Aunque Sacha se siente algo culpable por esa irritación que le produce su madre y por ser tan maleducada mentalmente con ella.

¿Qué era eso sobre heroínas de reemplazo? Lo consultará y luego enviará a su madre un mensaje de texto con la referencia. Eso molestará y alegrará a su madre a la vez. Dos pájaros de un tiro.

Un refrán horrible.

Le vienen a la cabeza unas imágenes espantosas. Algo que antes fue un pájaro en el cielo es un ala rota y torcida que asoma de una caja torácica abierta y chamuscada.

Vale más pájaro en mano.

No. Un pájaro en mano no es natural a menos que el pájaro haya elegido posarse en la mano por propia voluntad, sin que lo fuercen.

Aunque eso es un poco largo como refrán.

¿Dos pájaros en mano?

San Francisco.

Recuerda una película italiana que vieron cuando sus padres todavía vivían en la misma casa y veían películas subtituladas que a su madre no le gustaban y a su padre sí,

cuando Sacha tenía la edad de Robert. Iba de que san F. intenta rezar sus oraciones matinales bajo los árboles, pero los pájaros lo quieren tanto que se congregan en las ramas a su alrededor y empiezan a piar y cantar su amor tan ruidosamente que él tiene que pedirles que se callen porque no puede oírse rezar.

Luego todos sus monjes también se congregan a su alrededor para preguntarle dónde quiere que vayan a predicar el rollo de Dios por el mundo. Y él les dice que den vueltas y más vueltas y más vueltas allí donde están y que sigan girando hasta caer de puro mareo. Y caen uno a uno. Y entonces él les dice: vale, en la dirección en que hayáis caído, hacia allí tenéis que ir, hermanos míos, a predicar la palabra.

Pasa por delante del Tesco. Hay alguien en la puerta del supermercado, pero no es Steve.

Espera que Steve esté bien, allá donde se encuentre. Hoy hay muchos sintecho en la calle; es un día soleado, sin lluvia. La última vez que vio a Steve, él le habló de los dieciséis autobuses llenos de personas sin techo procedentes de Nottingham y el noreste.

Transporte gratuito a la costa del sur, le dijo Steve. Solo viaje de ida. Los dejan en los sitios donde no gobiernan los conservadores. Aquí está lleno. Los han enviado a la costa. Ya podríamos irnos todos de vacaciones, porque nadie gana dinero ahora que hay tantos por aquí, joder.

Ella le dio la calderilla que llevaba ese día en el bolsillo. Alguien le había robado las botas a Steve.

Gracias, encanto, dijo él.

Abrígate bien, dijo ella.

Haré lo que pueda, dijo Steve. Tú también.

Sacha se imagina a Steve en una pantalla, y detrás un contador como el de Mercy que va mostrando las donaciones, pero el de Steve va muy lento, con incrementos de diez peniques. Se imagina a Mercy Bucks girando y girando en el altar de la Iglesia del Espíritu de Mercy Bucks como si bailase *break dance* sin poder parar o como una enloquecida aguja de brújula, Mercy demostrando a su público cómo dar vueltas sin parar hasta que todos caen al suelo. Luego Mercy Bucks pasa entre los cuerpos caídos como si fuera un campo de batalla, y los atiende con ternura mientras les sisa sus pertenencias.

Ahora se imagina a su madre saliendo al soleado resplandor del invierno, cruzando la cerca y subiendo los peldaños con todas sus cuchillas invisibles bien expuestas—un poco como una navaja suiza expuesta en el escaparate de una tienda de objetos militares, una gigantesca navaja roja que gira en un pedestal con todos sus artilugios extendidos— y llamando a la puerta de su padre y Ashley para ver si el mando a distancia está ahí.

Su madre nunca usa la llave que le dio su padre. Siempre llama a la puerta.

Se imagina a Ashley abriendo la puerta a su madre llena de cuchillas y quedándose ahí, pasmada.

No puede oírla. No entiende. No dice nada y cierra otra vez la puerta, meneando la cabeza.

Su madre no podrá trabajar con la tele tan alta.

Tampoco es que haya mucho que administrar en un negocio jodido por el Brexit.

Piensa en su madre esta mañana, cuando deambulaba por

la sala gritando las palabras he de ser y heroína para hacerse oír por encima del volumen de la tele.

Ah, sí. Y el reemplazo.

Encuentra la fuente y envíasela en señal de tácita obediencia a la Reina de las Fuentes, piensa.

Sacha escribe las palabras he de ser y heroína en la barra de búsqueda del móvil.

Aparecen drogas. Drogas, drogas, drogas y luego, más abajo, algo sobre Jane Austen y los victorianos.

Borra las palabras en la búsqueda.

Escribe las palabras propia y vida y reemplazo.

Salen diferentes libros de autoayuda sobre cómo vivir la propia vida.

Añade la palabra heroína.

Aparecen páginas sobre drogadicción.

Va bajando y bajando el cursor hasta que aparece una imagen de Greta Thunberg, esa foto donde lleva un chubasquero amarillo con la capucha puesta que parece una prenda de pescador, esa foto en la que está claro que no va a dejarse engañar por nada ni por nadie.

¡Heroína de mi propia vida!

Solo la poderosa Greta puede doblegar la determinación de Internet de que la palabra heroína se refiera a una droga dura y no a un héroe en femenino.

Como si cualquiera que escribiese la palabra en el buscador tuviera que hacerlo por la droga, pues la noción de heroicidad femenina es de lo más infrecuente.

Sacha piensa en la estación de Brighton con la discreta entrada, la fila de taxis y el aparcamiento de bicis, la gente en Pret y en M&S. Se lo imagina todo, todo eso, en la